

Stoa
Vol. 11, no. 22, 2020, pp. 33–63
ISSN 2007-1868

POSVERDAD, MENTIRA Y FALSEDAD HISTÓRICA:
LA LÓGICA PERVERSA DEL POSMODERNISMO

Post-truth, lie and historical falsehood:
the perverse logic of postmodernism

FRANCISCO ERICE SEBARES
Universidad de Oviedo
ferice@uniovi.es

RESUMEN: El artículo analiza distintas modalidades de mentiras, tergiversaciones y falsedades presentes en el análisis histórico en sus diversos niveles: la recopilación y crítica documental, la explicación y la transmisión narrativa. Se apuntan algunas continuidades y discontinuidades en estas prácticas. Finalmente, se plantea cómo el clima intelectual potenciado por el posmodernismo, con sus principios irracionistas, escépticos y relativistas, facilita la difusión de las imposturas y socava nuestra capacidad crítica para hacerles frente.

PALABRAS CLAVE: Posmodernismo · Posverdad · Historia virtual · Contrafactuales · Pseudohistoria · Mitos históricos · Negacionismo · Revisionismo Histórico.

ABSTRACT: This article analyzes different kinds of lies, misrepresentations and falsehoods present in historical analysis at various levels: the compilation and documentary criticism, the explanation, and the narrative transmission. Some continuities and discontinuities in these practices are pointed out. Finally, it is proposed how the intellectual climate promoted by postmodernism -with its irrationalist, skeptical, and relativistic principles- eases the spread of impostures and undermines our ability to face them critically.

Recibido el 12 de mayo de 2020
Aceptado 10 de junio de 2020

KEYWORDS: Postmodernism · Post-Truth · Virtual History · Counterfactuals · Pseudo-history · Historical Myths · Negationism · Historical Revisionism.

1. Posverdad y mentira política: *¿nihil novum sub sole?*

“Vivimos -señalaba recientemente Lynn Hunt- una época obsesionada por la historia, pero también unos tiempos de profunda inquietud acerca de la verdad histórica”. Esta situación paradójica parece afectar a la consideración de la disciplina como una ciencia, capaz por lo tanto de generar conocimiento *verdadero*, es decir, objetivo, necesario, universal y crítico.¹

¿Hasta qué punto este cuestionamiento actual de la verdad histórica responde a situaciones nuevas y, por lo tanto, ofrece matices o elementos diferentes de los que caracterizaban a las tradicionales posturas escépticas, relativistas o anti-científicas? ¿Qué relación cabe establecer, en ese sentido, con el marco cultural de la posmodernidad o con las premisas del pensamiento posmoderno? Huelga recordar que la posmodernidad se ha definido como una etapa de ruptura radical (a modo de “lógica cultural del capitalismo tardío”, “superación de las grandes narrativas”, etc.) con respecto a la denominada modernidad. Sin embargo, la formulación de este supuesto cambio de era histórica genera serias dudas, y hay quienes la consideran más *performativa* que *constatativa*, producto, antes que de transformaciones reales sistemáticas, de la proyección desiderativa del *pensamiento posmoderno* que la postula o diagnóstica.²

En todo caso, esta idea de fractura y cambio de época está detrás de la reciente noción de *posverdad*, término acuñado en la década de 1990, que a veces se resume en la equivalencia de “mentira emotiva”, y que se ha definido como una distorsión deliberada de la realidad que manipula creencias y emociones, con el fin de influir en la opinión pública y en las actitudes sociales. El concepto recuerda bastante a fenómenos anteriores relativos a la política y la vida pública, pero contiene, según quienes defienden su pertinencia, algunos rasgos tipificados como propios de nuestro tiempo. Uno de ellos sería la mencionada apelación a las emociones, “lejos del espíritu ilustrado que condujo al surgimiento y reconocimiento de la opinión pública como actor social”. Algunos la asocian a un contexto en el que los hechos son menos influyen-

¹ Hunt 2019, p. 9. Moradiellos 2013, pp. 19-29.

² Conceptos de posmodernidad y posmodernismo, en Eagleton 1998, pp. 11-13. Sobre enunciados *constatativos* y *performativos*, refiriéndose a la tesis de Fukuyama del “fin de la historia”, véase Bermejo 2011, p. 7.

tes que el reclamo a los sentimientos, “de manera que el discurso pierde la capacidad de referencia factual o de enunciación veritativa”, adoptando, por el contrario, formas de una “charlatanería” (*bullshit*) que mezcla invenciones, representaciones distorsionadas, medias verdades y “algo de escándalo”. Todo ello estaría relacionado con “la erosión de los vínculos y obligaciones comunitarios”, que elimina reparos para recurrir a la mentira, y con el papel de los nuevos medios de comunicación de masas, la “segmentación de los mercados informacionales” o la “seudoparticipación expresiva en las redes sociales”.³

Es evidente que algunos de los rasgos de la posverdad así definida no pueden por menos de evocarnos los esquemas del pensamiento posmoderno. Lamo de Espinosa plantea, sin ambages, que “hunde sus raíces en un cierto *zeitgeist* postmoderno y, por supuesto, post (y anti) ilustración”. Según Lee McIntyre, “el posmodernismo es el padrino de la posverdad”, con sus dudas sobre la verdad y la ciencia; aunque más en concreto, la posverdad enlazaría con ese negacionismo científico, impulsado por la derecha política, que estalló hace dos décadas en relación con “temas como el cambio climático, las vacunas y la evolución”. La combinación de globalización y democratización habrían generado “una suerte de tribalismo emocional”. La posverdad “se construiría “sobre el discurso corto e impactante” (la lógica de caracteres de Twitter), insertándose en una “postpolítica” de las emociones. Las referencias intelectual-contextuales que, en ese orden de cosas, pueden evocarse son inequívocamente posmodernas: Baudrillard (“asesinato de la realidad”), Derrida (“la mentira no es algo que se oponga a la verdad”) o Foucault (“producción de la verdad por el poder”).⁴

Dicho esto, una vez reiterados la voluntad de engañar y el recurso a las emociones -el emoticono como emblema de todo un sistema de comunicación-, cabe preguntarse si lo que se engloba bajo la rúbrica de la posverdad y sus derivaciones (el uso de las *fake news*, la tecnología de manipulación en internet y las redes sociales) representa realmente, *mutatis mutandis*, algo nuevo o debe entenderse como una simple variante de la tradicional práctica de la *mentira política*. El tema es ya clásico, y se remonta al menos a Platón. En épocas más recientes, Hannah Arendt, reflexionaba sobre la complejidad y ambivalencia de las relaciones entre política y verdad: “la veracidad -señala Arendt- jamás se incluyó entre las virtudes políticas, porque poco contribuye a ese cambio del mundo y de las circunstancias que está entre las actividades

³ Méndez Mayuelos y Pérez Castañeda 2019, pp. 101-106. González de Requena 2019, pp. 99-100.

⁴ Lamo de Espinosa 2019. McIntyre 2018, pp. 43 y 159. Aznar 2015.

políticas más legítimas”. De hecho, líderes de países importantes cimentaron sus carreras sobre evidentes *no-hechos*: De Gaulle sobre la falacia de que Francia era una de las grandes potencias vencedoras de la guerra, y Adenauer sobre la suposición de que el nacionalsocialismo sólo había *dañado* a una parte de la sociedad alemana.⁵

Esta idea de la *mentira política* constata, por un lado, que la ocultación o la falsedad forman parte de la vida pública (incluso más allá de la *razón de Estado* o los usos de la diplomacia); por otro, que esta práctica es no sólo inevitable sino también útil. Lo cual sintoniza bien con lo que Max Weber denominaba una *ética de la responsabilidad* que tenga en cuenta “las consecuencias” de los propios actos: “ninguna ética del mundo puede eludir el hecho de que para conseguir fines ‘buenos’ hay que contar en muchos casos con medios moralmente dudosos, o al menos peligrosos, y con la posibilidad e incluso la probabilidad de consecuencias laterales moralmente malas”.⁶

Sin embargo, Arendt añadía algunas otras observaciones de particular relevancia a efectos de lo que aquí vamos a plantear. En concreto, diferenciaba la tradicional y la nueva mentira política. La primera (“tan prominente en la historia de la diplomacia y en el arte de gobernar”) se refería a secretos o a intenciones; por el contrario, “las mentiras políticas modernas se ocupan con eficacia de cosas que de ninguna manera son secretas sino conocidas de casi todos”. En la actual propaganda y manipulación de los hechos, el gran peligro es que abarca a pueblos enteros e implica el autoengaño; “en condiciones plenamente democráticas, el engaño sin autoengaño es imposible por completo”. Como en la famosa paradoja de Diderot, el buen comediante debe hacernos creer que lo que representa es real, si bien él no puede asumirlo, salvo que se convierta en un loco. Lo que nos transmite es una mentira verosímil que requiere nuestra complicidad como receptores, porque nos divierte, nos conviene o la necesitamos.⁷

Arendt, no obstante, como defensora de la sociedad liberal, se ve abocada a contrapesar la seguramente ineludible función distorsionadora del poder. En cierto sentido -asegura-, los hechos “se afirman a sí mismos por su terquedad”. Además, desde la perspectiva de la verdad, es preciso que nos situemos fuera del campo político: “entre los modos existenciales de la veracidad sobresalen la soledad del filósofo, el aislamiento del científico y del artista, la

⁵ Arendt 1996, pp. 264-265.

⁶ Weber 2015, p. 162.

⁷ Arendt 1996, pp. 165-172. Bermejo 2011, p. 11.

imparcialidad del historiador y del juez y la independencia del investigador de hechos, del testigo y del periodista”. Para ello existen instituciones públicas que cultivan la veracidad, y que además educan a la ciudadanía de manera independiente, al menos en los países con regímenes constitucionales. La política no abarca la totalidad del hombre y el mundo: “las ciencias históricas y las humanidades que -se supone- investigan, vigilan e interpretan la verdad de hecho y los documentos humanos, tienen una relevancia política mayor”.⁸

¿Hasta que punto, más allá de las posibilidades tecnológicas de su difusión y las peculiaridades de sus efectos, difieren las nuevas formas de la posverdad de los viejos esquemas de la mentira política? Desde luego, las décadas recientes son pródigas en ejemplos de este género, en relación con procesos de degradación ética y política más que evidentes. Lynn Hunt incurre, sin duda, en una tremenda desmesura, considerando la mentira electoralista de Donald Trump en 2012 al insinuar que Obama no había nacido en los Estados Unidos como “uno de los más preeminentes ejemplos de falseamiento de la historia”, aunque acierta al subrayar su carácter prototípico y enfatizar el papel de internet para la difusión de bulos.⁹ La reciente crisis de la Covid-19 en España nos ofrece otros muchos ejemplos de manipulación facilitada por el anonimato y la *democratización* en el acceso que suponen los nuevos medios.¹⁰ Por añadir un caso de amplias consecuencias, la desinformación sistemática de orientación anti-serbia durante la guerra de Yugoslavia ha sido estudiada como ejemplo de política de *posverdad*. Michel Collon ha demostrado, con profusión de datos, la tergiversación de imágenes y noticias que supuso la *guerra sucia* informativa de Occidente en este conflicto.¹¹

Sin embargo, la voluntad de engaño y el falseamiento de la realidad con fines prácticos de manejo de las emociones ya formaba parte de la mentira política, sobremanera en su versión más moderna, ligada a la propaganda, de la que hablaba Arendt. Incluso, más allá de los cambios tecnológicos aludidos, poca novedad parecen representar estos métodos, en relación, verbigracia, por no remontarnos más atrás, con casos de finales del siglo XIX, como el *affaire Dreyfus*; o el episodio del hundimiento del acorazado norteamericano Maine en La Habana, a comienzos de 1898, uno de los pretextos para

⁸ Arendt 1996, pp. 271-272.

⁹ Hunt 2019, pp. 10-13.

¹⁰ Por ejemplo, la difusión de fotos con ataúdes atribuidos a muertos por la pandemia supuestamente ocultados por las autoridades españolas, cuando se trataba de imágenes de inmigrantes africanos naufragados cerca de las costas italianas.

¹¹ Otero 2019. Collon 1999.

la intervención militar de Estados Unidos en Cuba; producido en el contexto, por cierto, del surgimiento de la moderna prensa de masas, con su conocida habilidad para manejar pasiones y sentimientos populares.¹² Sin salirnos del ámbito norteamericano a la hora de apuntar más ejemplos, los Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XX nos ofrecen multitud de casos de manipulación mentirosa y *emocional* de la opinión pública con fines políticos, como la invención del complot comunista interior por el maccarthismo para impulsar la *caza de brujas*; la falsa noticia de un segundo ataque norvietnamita en el golfo de Tonkin, en 1964, con el fin de iniciar la escalada militar en Vietnam; el delirante bulo sobre la construcción de una base soviético-cubana hostil, usado veinte años más tarde como justificación para invadir la pequeña isla de Grenada; o la fabulosa historia de las armas de destrucción masiva en Irak, que sirvieron a la gran potencia imperial y sus aliados precisamente para legitimar la destrucción sistemática de ese país. Por no hablar de esa peculiar posverdad de la “guerra contra el terror” tras el atentado de las Torres Gemelas, contra un enemigo tan indefinido como definible a voluntad.¹³

2. La mentira y la falsedad históricas se dicen de muchas maneras.

Pero no corresponde ahora hablar de las mentiras políticas, sino de las transmitidas por los historiadores. Analizarlas requiere, desde luego, partir de la complejidad y diversidad misma de la idea de mentira, así como de las múltiples concomitancias que muestra con nociones anejas, como las de falsedad, prejuicio y otras, con la que comparte al menos la idea de ocultación u oscurecimiento. Es sabido que se puede también mentir (engañar) “diciendo la verdad”. En otro sentido, la idea del “mentir verdadero” (Louis Aragon) o de “ficción adecuada” (Robert A. Rosenstone) ha servido a literatos y expertos en cine para definir productos artísticos ficcionales que simulan o son capaces de conseguir “efectos de realidad”. En definitiva, “la performatividad de la pareja verdad y mentira es la raíz de muchos conflictos interpretativos en política y en historia”.¹⁴

Tratar de manera aislada las mentiras en sentido estricto (es decir, las falsificaciones conscientes) no pasa de tener un interés limitado, dado que su presencia en la elaboración histórica es, obviamente, circunstancial, aunque algunos ejemplos de este tipo de prácticas hayan tenido fuertes resonancias.

¹² Foner 1975, t. I, pp. 294-322.

¹³ Referencias a estos casos en Fontana 2011, pp. 100-113, 294-298, 630-631, 803-810 y 848-855.

¹⁴ Martínez de la Escalera 2005.

Parece más relevante -y así lo haremos- incluir las mentiras propiamente dichas dentro del espectro más amplio de las falsedades, tergiversaciones o adulteraciones históricas, en una categoría conjunta que recoja, además del engaño deliberado, algunas mezclas e hibridaciones de verdad y ficción, además de determinadas formas de falsedad no necesariamente intencionadas, pero objetivamente encubridoras. ¿Acaso podemos rechazar de manera taxativa, por ejemplo, que algún *negacionista* del Holocausto o quien aplica delirantes criterios astrológicos para interpretar las decisiones de los personajes históricos obren de buena fe? Semejante inocencia subjetiva no impediría, en todo caso, que estemos hablando de supercherías. En este terreno, conviene, además, discriminar, entre la investigación y aportación de conocimientos históricos, por un lado, y las siempre simplificadoras prácticas divulgativas o de uso de la Historia en términos conmemorativos o legitimadores, por otro. Distinguir entre unos y otras debiera resultar sencillo, pero no siempre lo es. En todo caso, se trata de prácticas con distintos tipos de exigencia de veracidad.

Finalmente, habría que analizar las falsedades históricas teniendo en cuenta los diversos niveles en los que opera el trabajo del historiador, o lo que Florescano, siguiendo a Ricoeur, describe como los tres pilares de la operación historiográfica. El primero sería la fase documental o de recopilación y crítica de fuentes. El segundo lo constituiría la etapa explicativa-comprensiva. El tercer momento, aunque en cierta manera puede entretenerse con el segundo, es el de la representación literaria o redaccional.¹⁵ Las tergiversaciones históricas pueden desarrollarse en cada uno de estos niveles o, con frecuencia, saltando entre ellos, en la medida en que se encuentran interconectados.

La fase documental es base inexcusable de cualquier trabajo de construcción histórica. Las fuentes (reliquias del pasado) son -en palabras de Moradiellos- “los *significantes* (presentes) de unos *significados* (pretéritos) que subsisten más allá de ellos como los signos que nos representan algo distintos de ellos mismos”; constituyen, en definitiva, la materia prima del historiador, que -recordaba Duby-, en razón de su deontología profesional, debe “explotar a fondo, sin manipularlos”. Una elemental taxonomía de las fuentes históricas en su diversidad muestra los avances que en ese orden de cosas ha generado la historiografía del siglo XX y, paralelamente, los problemas

¹⁵ Florescano 2012, pp. 259-277.

complejos que suscita la crítica de las mismas, en particular la autenticidad, contextualización o credibilidad de las informaciones que suministran.¹⁶

La heterogeneidad de los documentos históricos plantea, obviamente, problemas distintos a la hora de escrutar sus posibilidades de falseamiento o manipulación. Desde luego, los restos materiales y los documentos escritos requieren una crítica rigurosa, en la medida en que se trata de reliquias en cuya “elaboración” o preservación intervienen elementos intencionales. Pero las fuentes testimoniales presentan quizás problemas particularmente agudos, tal como acreditan las memorias y autobiografías, o por extensión las *literaturas del yo* que no son estrictamente ficción, y que ofrecen ejemplos de adulteración o adaptación a estereotipos especialmente interesantes; o las fuentes orales, que en realidad, son construidas conjuntamente por el entrevistador y el entrevistado.¹⁷

Ciertamente, parece más fácil ponerse de acuerdo sobre la veracidad de los hechos que sobre las interpretaciones, aunque los dos ámbitos distan de estar absolutamente separados. Además, la manipulación o el mal uso de documentos aflora en la mayor parte de las falsedades históricas que se proyectan en los otros niveles. Al mismo tiempo, la labor de historiadores, filólogos o documentalistas ha permitido desvelar imposturas históricas basadas en falsificaciones. Así sucedió con la famosa *Donación de Constantino*, que legitimaba el poder temporal de la Iglesia católica, y que el humanista Lorenzo Valla desveló como una superchería a través del análisis filológico del texto. O el de los supuestos *Diarios* de Hitler, milagrosamente aparecidos en 1983, y cuya falsedad fue demostrada porque la tinta y el papel fueron datados en los años de la posguerra.¹⁸ En ese segundo caso, la finalidad del fraude parece haber sido puramente crematística. En cambio otro de los textos falsificados más celebres, los conocidos como *Protocolos de los Sabios de Sión* (publicados en 1902), que narraban la supuesta conjura de los judíos con masones y comunistas para dominar el mundo, rindió importantes servicios al antisemitismo, incluso tras la demostración, en 1921, de que se trataba de un plagio de escritos anteriores; la Alemania nazi dio amplia difusión al escrito, que también fue recogido por otros fascismos (incluido el español) y editado en

¹⁶ Moradiellos 2004, p. 31. Aróstegui 1995, pp. 339-359. Cardoso 1981, pp. 142-148. Topolsky 1982, pp. 333-349.

¹⁷ Sobre el género testimonial, aplicado a los problemas de análisis de la memoria, remito a Erice 2009, pp. 149-157. Ejemplo de la adaptación de memorias individuales a estereotipos, en Erice 2008a.

¹⁸ Hunt 2019, pp. 44-45.

Estados Unidos bajo el patrocinio del magnate de la industria del automóvil Henry Ford.¹⁹

En todas estas ocasiones, el papel de los historiadores no parece haber sido fundamental, aunque algunos de ellos hayan podido prestar eco a estos infundios. Pero hay otras tergiversaciones que sí se han filtrado en libros de historia de cierta repercusión, aunque generalmente sean obra de historiadores aficionados que carecen de una reputación profesional que salvaguardar, y en cambio tienen mucho que ganar en el terreno comercial o ideológico. Dos ejemplos concretos que recogemos a continuación ilustran la relación directa o la afinidad electiva entre falsedad documental y construcción histórica espuria.

El primero, citado en el libro del periodista Thierry Wolton *Le Grand Recrutement* (1993), se refiere a un documento que trasladaba información a un espía soviético sobre la actividad en dos aeródromos franceses, atribuido a Jean Moulin, dirigente gaullista y futuro héroe de la Resistencia francesa, y por entonces prefecto de Eure-et-Loir. Las críticas del historiador Jean Bédarida han desmontado estas acusaciones por lo absurdo de los datos para las instalaciones de entonces (por ejemplo, se habla de pistas de 4,5 kilómetros). El libro, un burdo intento de desacreditar a la Resistencia antinazi francesa acusándola de hacer el juego al estalinismo, recibió pronto las críticas de historiadores prestigiosos, reprochando a su autor el uso de documentación secreta no verificable o contrastable y practicar una amalgama totalmente acrítica. Lo cual no obsta para que Wolton recibiera apoyos de otros historiadores bien conocidos y connotados anticomunistas, como François Furet y Annie Kriegel.²⁰

El segundo ejemplo se refiere al popular libro de Gavin Menzies *1421: The Year China Discovered the World* (2002), que defendía la tesis de que Magallanes y Elcano no habían sido quienes por primera vez circunnavegaron el globo, sino que en esta proeza les habían ganado la partida los chinos, justamente un siglo antes. El texto, basado en mapas falsos o mal interpretados y con una notable penuria de evidencias documentales, apela a la épica, el exotismo y las emociones, habla de *hechos alternativos*, establece hipótesis contrafactuales y ha sido calificado de *fake history* o ejemplo prototípico de posverdad.²¹

¹⁹ Ferrer Benimeli 1982, pp. 135-210.

²⁰ Prost 1996, pp. 72-73. Erice 2011, con referencia este episodio en pp. 98-99. G. Vergnon 2015.

²¹ Muñiz-Velázquez y Lozano Delmar 2019.

3. Explicación, representación y mitos históricos

Una vez salvados los escollos de la recopilación y crítica documental, es en la segunda etapa (la de la explicación-comprensión) cuando se plantean las discrepancias fundamentales en los contenidos y conclusiones del análisis. De hecho, la variabilidad de las interpretaciones puede hacer dudar acerca de la posibilidad de la *verdad* histórica o sobre su naturaleza; pero conviene distinguir diversidad interpretativa y falsedad, en cuanto que esta última conduce objetivamente (de manera voluntaria o no) al error.²² Los términos, relaciones y operaciones que la construcción de la *verdad* histórica comporta son activados por un sujeto operatorio (el historiador) que actúa en un determinado contexto social e institucional. La explicación debe partir al menos de lo que Moradiellos define como “principio determinista genético”, que rechaza la pura arbitrariedad y la creación *ex nihilo*, supone el principio de inmanencia (excluyendo factores e intervenciones no humanas) y establece, entre los fenómenos, procesos y acontecimientos humanos, vinculaciones y conexiones causales, probabilísticas o aleatorias. El historiador tiene que apoyarse en el mayor número posible de pruebas y ser consciente de que sus conclusiones deben, en general, ser coherentes con los resultados ya acumulados de otras investigaciones. Para ello, adopta como guía un “ideal regulativo”, “horizonte metodológico que concibe las sociedades humanas como sistemas dinámicos y complejos conformados por individuos operativos y grupos colectivos y compuestos por esferas de actividad distintas que se pueden tratar separadamente, pero que están conexas y son interdependientes en alguna medida y proporción”.²³ Es en este conjunto de elementos intervinientes donde se pueden detectar la mayor parte de las falsedades y distorsiones.

Quedaría, con todo, un tercer nivel, el de la *representación*, en el que hermeneutas, *narrativistas* y posmodernos sitúan algo más que una mera técnica (o conjunto de técnicas) de transmisión, otorgándole un papel conformador en el propio proceso explicativo-comprensivo. Así lo plantea Hayden White, que, aunque teóricamente distingue hechos y ficción, considera que ambos se unifican a través de la narración, pues las obras de historia son “ficciones verbales”. También Ricoeur, dentro de la tradición hermenéutica, admite que los dos se basan en “las mismas operaciones configuradoras”. Historia y ficción se unen por la construcción de la *trama*, síntesis de lo heterogéneo.²⁴

²² Hunt 2019, pp. 48 y 63-68.

²³ Moradiellos 2013, pp. 19-64.

²⁴ Florescano 2012, pp. 238-258. Ricoeur 2003, p. 333. Erice 2020, pp. 128-140.

Frente a estas propuestas, una posición racionalista y materialista apuntaría a subrayar las diferencias de Historia y ficción para reubicar esencialmente la narración en su condición de mecanismo transmisor. La investigación histórica presentada en forma narrativa es de naturaleza “radicalmente diversa a los relatos míticos o religiosos y a las ficciones noveladas”; tiene que ser verdadera, verificable, causalista e inmanente, racionalista, crítica y no dogmática.²⁵ Según Aróstegui, tras la crítica de las corrientes renovadoras del siglo XX, constituye un retroceso establecer semejanzas e incluso una analogía estricta entre relato histórico y de ficción. No es posible desandar el camino emprendido por la historia estructural, pues la vuelta al narrativismo supondría simplemente “un regreso a la oscuridad”, cuando no “a ciertas formas de irracionalidad”. La trama no es un nexo real entre los hechos: “el nexo real es el *sistema* al que pertenecen”. El relato no puede perder su referente externo. El de la Historia debe ser un discurso proposicional, asertivo o argumentativo. Si todo lo secuencial puede ser considerado narrativo, la Historia comprende la narración, pero eso es sólo una parte; la otra es “el conjunto de *proposiciones* sobre la realidad”.²⁶

La mayoría de las falsedades históricas relevantes se sitúan, lógicamente, en las fases constructiva y representativa del proceso historiográfico, pero debemos diferenciar claramente, como ya señalamos, la elaboración científica y la difusión. Dentro de este último, fenómenos tan clásicos como las viejas Historias nacionales, finalistas y apologéticas, y la enseñanza escolar de la Historia merecen una mención particular. Se trata de cuestiones ambas ligadas a la memoria, noción ésta que no debe identificarse con la Historia, aunque se nutra en parte de materiales proporcionados por los historiadores. Las políticas y prácticas conmemorativas (ceremonias, museos, monumentos. . .) remiten a los procesos históricos, pero no son Historia en el sentido académico riguroso y se rigen por otras lógicas (la empatía, la “fidelidad”) diferentes de las de la mera veracidad. Otra cuestión diferente es que la pretensión de presentar como Historia verídica estos procedimientos divulgativos dé lugar a polémicas y conflictos, no tanto entre historiadores como de estos con poderes públicos o sectores políticos e ideológicos determinados.²⁷ Los propios textos escolares han sido objeto de fuertes debates en casi todos los países,

²⁵ Moradiellos 2004, p. 37.

²⁶ Aróstegui 1995, pp. 259-268.

²⁷ Sobre memoria colectiva en general, me remito a Erice 2009; memorias nacionales y enseñanza de la Historia en pp. 105-114. También Erice 2014.

incluso en fechas recientes, cuando, por influjo de la Historia académica, las visiones basadas en la racionalidad crítica han ido ganando terreno a aquellas impregnadas, como sucedía tradicionalmente, de la emotividad identitaria del “paradigma romántico”. Hay ejemplos tan interesantes como el de las polémicas en Estados Unidos, en la década de 1990 sobre la reforma de los manuales; las resistencias conservadoras a abonar una nueva perspectiva más desligada del culto a los “padres fundadores”, más social y multirracial, muestran las resistencias a ceder en la visión del pasado cuando se tocan mitos nacionales tan profundos como el *melting pot* o las derivaciones de la presencia difusa del viejo *destino manifiesto*. Pero estas resistencias no son siempre y necesariamente *reaccionarias* y pueden revestirse, en un determinado momento y lugar, de nacionalismo *antiimperialista*; así sucedió, por las mismas fechas, en México, con la propuesta de erradicar de los libros de texto el episodio mítico de los “niños héroes” que en 1847 habrían resistido a los norteamericanos en el Castillo de Chapultepec y que, más que una verdad histórica factual, simbolizaba la resistencia de un pueblo pequeño y digno contra otro grande y poderoso.²⁸

Esa *contaminación* de la Historia cuando se la utiliza con fines legitimadores, tiene y ha tenido incluso conocidos defensores desde la izquierda.²⁹ Pero otros se han manifestado de manera mucho más crítica, como Hobsbawm cuando recordaba la necesidad de que los profesionales de la Historia se mantuvieran al margen de “las pasiones de la política de la identidad, incluso si las comparten”, o se resistieran frente a los “mitos nacionales”. Como historiador marxista heredero de la tradición ilustrada, Hobsbawm piensa que nuestra época es “la gran era de la mitología histórica”; por eso se necesita a los historiadores más que nunca para defender la verdad frente a las mistificaciones.³⁰

Es cierto que los mitos históricos, verbigracia los *nacionales*, no precisan del aval de la Historia académica para construirse o afianzarse. Y, a la inversa, no desaparecen de manera fulminante con la crítica racionalista.³¹ Su proceso de disolución puede ser bastante lento. El mito de Napoleón “filántropo y liberal, amigo de los humildes”, según refiere Le Bon en su *Psicología de las multitudes* (1895), se diluyó con el tiempo, dando paso a una imagen de

²⁸ Carretero 2007, pp. 109-138. Erice 2014, p. 18. Sobre manuales escolares y conflictos en torno a los mismos en todo el mundo, véase también Ferro 2007.

²⁹ Véase Chesneaux 1981.

³⁰ Hobsbawm 1998, pp. 20-21. Hobsbawm 2003, pp. 272 y 374-376.

³¹ Bueno 1996, pp. 19-28.

déspota, y produciéndose finalmente “una nueva transformación de la leyenda”. Marx, generalmente hostil frente a los mitos populares, en el prologo a la segunda edición (1869) de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, calificó la superación de la *leyenda napoleónica* como una “formidable revolución espiritual”.³² Otros mitos populares han pervivido durante siglos; Marc Bloch analizó, en un trabajo clásico, las condiciones de expansión, desarrollo y extinción de una de esas creencias colectivas, la de la capacidad de los reyes franceses y británicos de curar a los escrofulosos tocándolos con sus manos.³³

Hasta aquí, estamos hablando de mitos que perviven o que la propia crítica histórica ha analizado y desvelado. Pero también podemos referirnos a otros que se transfieren a la misma historiografía por parte de los Estados o los nacionalismos. Un movimiento particularmente mitógeno por las condiciones en las que se ha desarrollado es el sionismo. Entre sus relatos preferidos está el que se formula bajo el lema “una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra”, refiriéndose a los inicios del moderno asentamiento judío en el espacio del futuro Estado de Israel. El pueblo es, obviamente, el judío, y la tierra, Palestina; y el argumento central, que antes de la llegada de los judíos apenas había asentada población árabe, que llegó luego arrastrada por la prosperidad que los colonos llegados de Europa generaron en un territorio hasta entonces infértil. El mito tiene una variante *de replieque*, que enfatiza más la inexistencia de un pueblo “con conciencia de serlo”. En todo caso, la tesis que defendía Joan Peters, periodista norteamericana y autora en 1984 del libro *From Time Immemorial*, era, en la línea dura del viejo mito, la del vacío demográfico, que restaría cualquier legitimidad a los árabes para reivindicar este territorio. El libro fue recibido con entusiasmo por el *staff* académico e intelectual israelí, hasta que se demostró su inconsistencia, además del uso insolvente y fraudulento de la documentación supuestamente probatoria. El politólogo judío antisionista norteamericano Norman Finkelstein ha analizado minuciosamente lo que denomina “dolo”, “embuste” o “maraña de mentiras”, y subraya cómo, pese al descrédito del libro, destacados dirigentes políticos israelíes han seguido defendiendo tesis parecidas.³⁴

³² Le Bon 1895, p. 37. Marx 1974, t. I, p. 247. Erice 2008b, p. 87.

³³ Bloch 2017.

³⁴ Finkelstein 2003, pp. 79-114.

Pseudociencias, historias virtuales, revisionismos y negacionismos

En cualquier caso, las deformaciones históricas a las que ahora vamos a referirnos se basan en el mal uso de los mecanismos de elaboración del trabajo histórico y de su representación escrita. Es obvio que, en este terreno, la calificación de algún texto como falaz a menudo se torna problemática, pues la diferencia entre una Historia falseada y una *mala* Historia (metodológicamente hablando) no siempre resulta nítida. Uno de los usos incorrectos que se sitúa en esos límites borrosos es lo que Marc Bloch denunciaba como *falsa analogía*, en la medida en que “pensamos el presente bajo el aspecto del pasado” y olvidamos que, si la historia tiene sus enseñanzas, “estas no consisten en decir que unos factores determinados que en el pasado entrañaron una consecuencia determinada tengan en la actualidad el mismo resultado”.³⁵ Inversa y correlativamente, proyectamos al análisis del pasado las experiencias políticas y sociales del presente. En este sentido, es bien sabido que biografías y procesos del mundo contemporáneo se tallaron muchas veces sobre otros del mundo clásico. Podemos tomar como ejemplos las obras de Mommsen o de Rostovtzeff. El primero de ellos, al analizar las luchas de patricios y plebeyos en Roma, está reflejando conflictos del siglo XIX, y su visión de la unidad y centralización romanas se entrelaza constantemente con el proceso alemán decimonónico. No es extraño que se le acuse de “reconstrucciones anacrónicas”; Marx, en *El Capital*, asegura que “incurre en un *quid pro quo* tras otro”, al no entender el sentido de la palabra *capitalista* y usarla en su acepción popular, identificándolo con “cualquier economía dineraria”. En cuanto a Rostovtzeff, sus textos sobre el mundo romano y helenístico patentizan el miedo a las masas propio de las ideologías elitistas de su época y los efectos traumáticos de la revolución soviética. Es conocido que, cuando le preguntaron si era cierto que en el fondo toda su obra trataba sobre la revolución rusa, respondió: “¿Y sobre qué otra cosa podía haber escrito?”. El autor ruso exiliado, con notable anacronismo, habla de ascenso y fracaso de la burguesía en la historia de Roma, o de “alianza entre la burguesía y el proletariado italianos, encabezada por políticos ambiciosos y caudillos militares” como base del “colapso de la hegemonía de los dos órdenes de privilegiados de Roma”.³⁶

Otra de las modalidades de mixtificación histórica tiene que ver con la generación de determinados estereotipos que actúan como lentes deformantes.

³⁵ Bloch 1999, pp. 44-47.

³⁶ Bermejo 2003, Carreras 2000, pp. 15-39. Martínez Lacy 2004, pp. 153-170 y 274-293. Marx 1981, vol. 1, p. 204 y vol. 8, pp. 1001-1002.

Estas imágenes distorsionadas gozan de una amplia trayectoria en las percepciones populares o la literatura, pero a veces también se trasladan a la Historia. Así, la visión tópica sobre las culturas y pueblos extraeuropeos forma parte de un largo y complejo proceso de contacto y entrecruzamiento desde el siglo XV. Josep Fontana se refiere en uno de sus libros a la “invención” por los europeos de los asiáticos, africanos o americanos, “atribuyéndoles una identidad colectiva que no tenían”. Tal proceso incluye desde interpretaciones históricas simplificadas (por ejemplo, la visión de un África estrictamente tribal) hasta el cambio de color de su piel (desde finales del siglo XVIII, chinos y japoneses pasan de ser considerados blancos a convertirse en “amarillos”). Pero, sobre todo, se “inventa” el Oriente, tema al que Said ha dedicado su libro más conocido, en el que repasa al papel del “Orientalismo” de científicos e intelectuales, incluidos historiadores. Los inspiradores de los Estudios Subalternos han denunciado, asimismo, una Historia teleológica, elitista y estatocéntrica, impuesta por Occidente y luego trasladada a la nueva historiografía hindú, que convertía a la India en un “pueblo sin historia”, invisibilizando la acción resistente de los sectores populares. En todo caso, como los críticos a Said han apuntado, el desvelamiento de un estereotipo puede dar lugar a otro, pues el Orientalismo de Said opera como una nueva simplificación (por la inmatizada extensión del rotulo) y un renovado *esencialismo* (con una visión culturalista “prescindiendo de las sociedades y de la política”).³⁷

Una forma de tergiversación aguda es, evidentemente, la Pseudohistoria. La pseudociencia en general no es ni ciencia ficción ni religión, pero en modo alguno se rige por el método científico ni es reconocida por quienes lo practican. Para Mario Bunge, se trata de falsificaciones que intentan hacer pasar por científicos desarrollos no producidos como tales (por ejemplo, la biología creacionista, el lisenkismo, la astrología o la parapsicología); desarrollos que no tienen nada que ver con la ciencia fallida, emergente o heterodoxa, porque en éstas el error es corregible mediante el razonamiento y la experiencia, mientras que las pseudociencias son cuerpos de creencias y no campos de investigación.³⁸ La pseudociencia aborda objetivos eminentemente pragmáticos, no cognitivos, y se perpetua en comunidades de “creyentes”, frecuentemente alentada por los modernos medios de comunicación. Sus practicantes

³⁷ Bitterli 1998. Fontana 1994, pp. 127-130. Said 1990. Guha 2003. Halliday 2005, pp. 261-289. Erice 2020, p. 345. Un crítica marxista a Said, en Ahmad 2000, pp. 159-219.

³⁸ Domínguez-Solera 2009. Bunge 2013, pp. 75-94. Los métodos de delimitación de Bunge son, sin embargo, muy rudimentarios, y su relación de “pseudociencias” o actividades pseudocientíficas así lo demuestra.

suelen invocar residuos de conocimientos antiguos, secretos y misteriosos.³⁹ Obviamente estas prácticas tienen pocas posibilidades de prosperar de forma directa entre los integrantes de los gremios científicos, pero no cabe ignorar que esquemas más consistentes, pero con el adobo del relativismo, resultan permeables a algunas de estas formas de pseudociencia disfrazadas de heterodoxia o de *saberes alternativos*. La reivindicación de “saberes” indígenas tradicionales y del *mythos* junto al *logos* forma parte de lo que Boaventura de Sousa Santos denomina “ecología de los saberes”. Es conocida también la curiosa convergencia de posmodernismo y poscolonialismo con algunas pseudociencias, el cultivo de los “saberes locales” o incluso una supuesta “ciencia feminista”.⁴⁰

La pseudociencia histórica no resulta, desde luego, muy popular entre los historiadores, pero existen revistas divulgativas y episodios de intrusismo profesional que disfrutan de cierto apoyo entre el gran público. El ejemplo mencionado de la supuesta primera vuelta al mundo es un caso elocuente de cómo una certeza histórica incontrovertida puede sufrir el desafío de una *verdad alternativa*. Libros pseudohistóricos como el de Menzies suelen atraer a un conjunto de lectores amplio gracias a su tono asequible, sus simplificaciones y el tratamiento emocional. La *fake history* gusta, además, de abundar en conspiraciones o intervenciones de “agentes externos” (extraterrestres, por ejemplo). La Arqueología se presta mucho a este tipo de enfoques: por ejemplo, al anuncio del descubrimiento de restos arqueológicos en la Luna (*sic*); o las interpretaciones exotéricas de cultos religiosos, de las pirámides egipcias o de las pinturas rupestres.⁴¹

En sintonía con algunas nuevas corrientes historiográficas y el espíritu posmoderno, encontramos las propuestas de combinar realidad y ficción, como fórmula para conferir viveza al análisis, introducir el componente subjetivo de la historia o rellenar vacíos documentales. En todo caso, estas prácticas rompen con principios básicos de la construcción histórica, como la verificabilidad de lo afirmado, y fomentan desarrollos que, aun presentados como verosímiles o concordantes con el resto de la información contrastada, suelen pecar de arbitrarios. Es conocido el caso del historiador británico Simon Schama, que en *Dead Certainties* (1991) practicaba lo que se ha denominado “faction”, es decir, “hecho + ficción” (*fact+fiction*), mezclando datos docu-

³⁹ Bueno, Hidalgo e Iglesias (1987), pp. 30-33.

⁴⁰ Erice 2020, pp. 150-156.

⁴¹ Muñiz-Velázquez y Lozano Delmar 2019. Algunos ejemplos en Domínguez-Solera 2009.

mentados con invenciones, monólogos interiores, descripciones de una batalla por parte de un soldado como si la hubiera contemplado desde el aire, etc. Según Schama, “escribir una historia sin el juego de la imaginación es cavar una tumba intelectual”; aserto más que dudoso, especialmente si los límites entre lo imaginado y lo verificado no se perciben, convirtiendo al historiador en novelista. En sentido distinto, la historiadora Natalie Z. Davis ha defendido el uso de la imaginación para rellenar vacíos documentales, pero con condiciones claramente explicitadas: por un lado, que se juegue con “una invención controlada firmemente por las voces del pasado”; y por otro, que quede claro “cuáles son mis especulaciones”, indicando “de dónde procede tal o cual posibilidad”.⁴²

Pero quizás el ejemplo más nítido de mezcla entre realidad y ficción que podemos invocar, dentro del campo de acción de los historiadores, es la denominada *Historia virtual*, basada en la construcción de evoluciones alternativas de procesos históricos a partir de hipótesis contrafactuales. Quienes, como Niall Ferguson, han preconizado este tipo de ejercicios pseudo-históricos, dicen hacerlo en nombre de la libertad de elección o el papel del azar y la contingencia, frente a *determinismos* como el marxista.⁴³ La crisis de las ideologías dominantes del siglo XX y la difusión del posmodernismo, que difumina los límites entre verdad y ficción, presente y pasado, parecen estar detrás de una cierta boga de estos planteamientos, que debemos, en todo caso, diferenciar del uso parcial y circunscrito de hipótesis contrafácticas para valorar decisiones de actores históricos; o de la utilización por la cliometría norteamericana de esquemas más amplios con el fin de analizar desarrollos económicos en ausencia de algún factor (por ejemplo, el ferrocarril o la esclavitud). Fuera de esos supuestos, los experimentos “virtuales” acaban convirtiéndose en expresiones de deseos del historiador, fluctuantes en función de quién aborde los temas. El anti-determinismo degenera, a menudo, en el rechazo de la causalidad y de los condicionantes socio-económicos de los actores, de modo que la construcción histórica elude las cautelas científicas, quedando en manos de la imaginación. Como señala Evans, la Historia contrafactual pone en primer plano los efectos de un cambio en una cadena causal existente y, al modificar “una parte del caleidoscopio de la historia”, hace que todas las demás se muevan de forma “bastante impredecible”. Desde luego, facilita la arbitrariedad

⁴² Meyer 2010, pp. 31-32. Davis 2006, pp. 31-32. Davis 2013, p. 21.

⁴³ Ferguson 1998. Townson 2004.

en las interpretaciones, se sostiene sobre una base documental endeble y se centra casi exclusivamente en la historia política tradicional.⁴⁴

En cuanto al llamado *revisionismo* historiográfico que se inicia en las décadas finales del siglo XX tiene, obviamente, connotaciones distintas. Losurdo, que lo califica de “gigantesca relectura del mundo contemporáneo”, encuentra su hilo conductor en “la liquidación de la tradición revolucionaria de 1789 a nuestros días”. Es evidente que el autor italiano maneja una concepción *lata* del fenómeno, identificándolo con el viraje conservador de la historiografía. Régine Robin incluye “las producciones textuales, artísticas, cinematográficas, periodísticas, que emanan de la esfera de los periodistas, de los historiadores o de cualquier otro horizonte, tributarios del vuelco de la coyuntura intelectual de los años 1970-1980”, y que “instituyen un nuevo horizonte intelectual (...), un nuevo sentido común, un nuevo zócalo discursivo”, basados en la demonización del marxismo, el comunismo, el *sovietismo* y el estalinismo (todos indiferenciados y colocados en el mismo plano). Hay, en todo caso -dice-, un revisionismo *hardt* y otro *soft*; el segundo, más importante que el primero, “barre todo a su paso”. El revisionismo tiene voluntad de generar memoria colectiva y crear un nuevo “sentido común”, funcional a la cultura política neoconservadora y hostil a las pervivencias del antifascismo, al que considera históricamente una pantalla del estalinismo.⁴⁵

Podría pensarse, con estas observaciones, que se trata de una simple reacción ultraconservadora, pero historiográficamente *legítima*. Sin embargo, en especial si nos referimos al revisionismo *hardt* (aunque a menudo los límites no están claros entre uno y otro), se justifica plenamente su inclusión entre las imposturas históricas. Hay que distinguir (Tucker) entre historiografía científica y terapéutica; la primera se basa en valores cognitivos, y es compartida por una comunidad amplia, heterogénea y no sometida a coacciones, mientras que la segunda es reconocida por comunidades homogéneas y se dirige al bienestar o autoestima de ese grupo. La historiografía científica hace revisiones siguiendo las evidencias, mientras que el revisionismo las ignora.⁴⁶

Ciertamente, resultan patentes tanto la no profesionalidad de los exponentes más claros de esta tendencia como la protección o tolerancia de que disfrutan por parte del segmento de la historiografía profesional militantemente

⁴⁴ Evans 2018.

⁴⁵ Losurdo 2002, p. 7. Robin 2003, pp. 196-197. Poggio 2006, pp. 13 y 212-213. Vinyes (dir.) 2018, pp. 427-429.

⁴⁶ Tucker 2015, pp. 35-40.

anticomunista. En Italia, historiadores como Renzo de Felice resaltan la “modernidad” del fascismo mussoliniano, mientras periodistas como Giampaolo Pansa se lanzan a enfatizar el carácter “criminal” de la resistencia antifascista. En 2003, Pansa publicaba, con formas propias de la ficción, *La sangre de los vencidos*, relatando, sin notas a pie de página ni aportación de material de archivo, historias de las violencias descontextualizadas de la izquierda partisana tras el final de la guerra, atribuyéndolas al supuesto proyecto de crear en Italia una república comunista subordinada a la URSS.⁴⁷

En España, el telón de fondo es también el rearme ideológico de la derecha y los debates sobre la “Memoria Histórica”; el campo temático abordado se centra en la Segunda República, la Guerra civil y el Franquismo. En esta “revisión” peculiar convergen ex-catedráticos franquistas, algunos hispanistas conservadores, liberales y neofranquistas. Tanto los profesionales como los *outsiders* (al estilo de Pío Moa) se reclaman defensores de una historia “objetiva” frente a la “partidista” de sus adversarios, pero sus trabajos se caracterizan por un uso limitado, poco riguroso y selectivo (*pro domo sua*) de las fuentes.⁴⁸ Moa, en ese sentido, ha sido sometido a implacables críticas, desvelando las imposturas de sus obras. El balance de Francisco Espinosa es contundente: “en realidad estamos ante un simple propagandista y mediocre escritor, ni periodista ni historiador, (...) al que se le ha encomendado la misión de mejorar la imagen que la derecha española quiere dar de sí misma y empeorar la de la izquierda”.⁴⁹

Una especie de *revisionismo* peculiar es el que ha ido surgiendo en España en torno a la denominada *leyenda negra*, centrado en temas como la Inquisición, la actuación en diversos puntos de Europa de los primeros Austrias, o la política colonial en América. En relación con este campo, ha ido emergiendo una literatura que llega a alimentar, en contrapartida, una cierta *leyenda rosa*. En ese sentido, el reciente *best-seller* de María Elvira Roca Barea (2016) adquiere rasgos muy similares a los del revisionismo ya mencionado: alineamiento con los postulados de la reacción neoconservadora: defensa acrítica de los Imperios en general y de la tradición católica; tono emocional, divulgativo y polémico; falta de criterios historiográficos serios, etc. Las réplicas que han ido surgiendo a este trabajo ponen de relieve esas insuficiencias y el carácter falsario del proyecto, pero además insisten en una cierta “sobreinención” de

⁴⁷ Vergnon 205. Tabet 2015.

⁴⁸ Forcadell, Peiró y Yusta 2015, pp. 13-15. Robledo 2015.

⁴⁹ Reig 2006. Espinosa 2006, pp. 205-253.

la *Leyenda Negra* por parte de la autora. De hecho, hace ya años que García Cárcel, por ejemplo, cuestionara la existencia de una leyenda negra general, sistemática y persistente, más allá de exageraciones concretas o propagandas contra el Imperio español, pero contrapesadas con otras visiones más positivas. La enfatización del adversario cumpliría así el papel de instrumento para el rearme de la nueva derecha radical española.⁵⁰

Por lo que se refiere al *negacionismo*, que de alguna manera puede considerarse un revisionismo *hardt*, posee desde luego bases más endebles que otros productos de parecida intencionalidad, pero más cautelosos, toda vez que se centra en procesos suficientemente demostrados (más allá de los matices) y por tanto de difícil recusación. Suele referirse a violencias masivas o actos calificados de genocidio, dado que la negación afecta a hechos concretos y no tanto a la reinterpretación de procesos. Además, posee inequívocas intencionalidades político-ideológicas. Así, la negación de la masacre de armenios por parte de los turcos durante la Primera Guerra mundial tiene que ver con la legitimación del régimen fundador de la Turquía moderna. El no reconocimiento japonés de las matanzas de Nanking y del uso forzado de chinas y coreanas como esclavas sexuales de los militares japoneses durante la Segunda Guerra mundial ha tenido repercusiones relevantes en la historiografía y en los manuales escolares, así como interferencias significativas de tipo geopolítico con la rivalidad Japón-China en el Extremo Oriente.⁵¹ El negacionismo israelí de la *limpieza étnica* o expulsión masiva de población palestina en 1948 responde, obviamente, a necesidades del sionismo de carácter ideológico, pero también práctico (negación del “derecho de retorno” de los refugiados).⁵² Más larga trayectoria tiene el negacionismo por antonomasia, el que cuestiona la realidad del Holocausto judío, que surge como reacción de extrema derecha para la exculpación del nazismo, pero tiene también derivaciones en grupúsculos de izquierda radical (anti-imperialistas, anti-sionistas), y en algunos países árabes por reacción frente a la política israelí. Desde el punto de vista historiográfico, sus explicaciones carecen de rigor, y no ha atraído a historiadores profesionales, sino a aficionados. Algo más de interés tienen, en cambio, sus conexiones, a veces sutiles, con historiadores profesionales afines al revisionismo, como en el caso de Nolte.⁵³

⁵⁰ Roca Barea 2019. Críticas en Villacañas 2019 o Straehle 2019. García Cárcel 1998.

⁵¹ Erice 2009, pp. 287-288 y 301-305.

⁵² Erice 2009, pp. 335-344. Sobre negacionismo y limpieza étnica israelí, véase Masalha 2005 y Pappé 2008.

⁵³ Erice 2009, pp. 185-202. Poggio 2006, *passim*. Bailer-Galanda 2015.

4. Posmodernismo, contingencia y fin de las certezas

Es evidente que las falsedades y adulteraciones históricas no surgen con la posmodernidad ni son una simple derivación necesaria o perversa del espíritu posmoderno. Pero lo cierto es que, a lo largo del siglo XX, se habían ido sentando las bases metodológicas e institucionales de una Historia entendida como ciencia, capaz de aspirar a construir *verdades objetivas* (más allá de cómo pudieran definirse). Algunos historiadores *comprometidos*, como Hobsbawm, podían incluso otorgar un cierto papel al *partidismo* bien entendido en el impulso de los estudios históricos y la superación del “autoaislamiento de la academia”, y más si -como era su caso- se encarnaba en una ideología defensora de la razón y de la ciencia; pero no se trataba de un *partidismo* zdanovista o estalinista, y siempre se asumía que lo investigado por los historiadores “es real” y que existe una diferencia radical “entre los hechos comprobados y la ficción”.⁵⁴ El análisis de las falencias históricas partía del consenso de que se trataba de anomalías corregibles, atribuibles a problemas y condicionantes de la imparcialidad del historiador, entendida como imparcialidad procedimental y hasta axiológica (de valores), dentro de unos principios deontológicos que incluso podían ser considerados como parte de la ciencia misma.⁵⁵ Condición esta compatible con las diferencias de ideología, portadora de intereses, pero en modo alguno equivalente a la falsa conciencia o el simple error.⁵⁶

La difusión del posmodernismo y la renovación de la historiografía desde la década de 1980 vino a romper este acuerdo básico, y uno de los principios que ha sufrido los embates de las corrientes posestructuralistas, pan-lingüísticas y escépticas es precisamente el de la separación entre verdad y falsedad. Ciertamente, la noción de posmodernismo es, como mínimo, ambigua, y con ella se corre el riesgo de agrupar planteamientos bastante diversos bajo un mismo rótulo engañoso. Cuando hablamos de posmodernismo, seguramente evocamos el posestructuralismo francés, pero también el *pensamiento débil* neonietzscheano en general, a los impulsores del *giro lingüístico*, las tesis de Hayden White, la herencia y radicalización de la antropología simbólica y textualista, la politología neoschmittiana, las propuestas de *posmodernismo desde el Sur* (*post, des o transcolonial*), etc. Pensamos, asimismo, en sus derivaciones historiográficas, su influencia más o menos difusa en la elaboración histórica o en algunas de sus campos y corrientes (la Historia de género, la

⁵⁴ Hobsbawm 1998, pp. 8 y 133-146.

⁵⁵ Bueno 2005. Bermejo 1994, pp. 7-43.

⁵⁶ Erice 2020, pp. 509-513.

Nueva Historia Cultural, los *cultural studies*, el poscolonialismo, la Historia postsocial. . .).⁵⁷ Pese a esta diversidad, sin embargo, lo cierto es que existen suficientes elementos compartidos por todas estas corrientes y manifestaciones que avalan la aplicación genérica del término posmodernismo, denotativo de una visión anti-racionalista, relativista y escéptica que, en sus versiones más extremas, se aproxima al nihilismo. En el terreno de la Historia, el posmodernismo ha avanzado más como teoría que como praxis alternativa, dado lo difícil que resulta ejercer como historiador activo asumiendo algunos componentes destructivos de la racionalidad histórica que estas teorías comportan. No obstante, muchos de sus rasgos definitorios han influido de manera parcial en los profesionales de la disciplina y, sobre todo, generaron una especie de sustrato o “sentido común” que fue disolviendo las viejas certezas de la Historia renovada del siglo XX.⁵⁸ Hace unos años, Hobsbawm, haciéndose eco de estos progresos deletéreos, lanzaba un “Manifiesto para la renovación de la historia” precedido del significativo título “El desafío de la razón”. En él, el historiador marxista británico llamaba a “defender a la historia contra quienes niegan su capacidad para ayudarnos a comprender el mundo” y a “restablecer la coalición de quienes desean ver en la historia una investigación racional sobre el curso de las transformaciones humanas, contra aquellos que la deforman sistemáticamente con fines políticos y a la vez, de manera más general, contra los relativistas y los posmodernistas que se niegan a admitir que la historia ofrezca esa posibilidad”.⁵⁹

No resulta fácil perfilar con brevedad las propuestas fundamentales del posmodernismo en lo que atañe a su confrontación con la construcción científica de la Historia. Ello es así, entre otras cosas, porque, en muchas ocasiones, la oposición se define más en términos de *estilo o actitud* que de posturas argumentadas y estructuradas; y porque, además, sus adeptos asumen, con excesiva frecuencia, una posición de *doble negacionismo*, consistente en cuestionar su misma identidad colectiva como corriente de pensamiento (o su adscripción a la misma) y, sobre todo, en rechazar las interpretaciones que se hacen de sus ideas o los calificativos que se les aplican (escepticismo, relativismo, irracionalismo). También la deliberada oscuridad de su lenguaje o la vaguedad de sus

⁵⁷ Repaso a estas diversas manifestaciones y crítica del posmodernismo como “asalto a la razón”, en Erice 2020.

⁵⁸ Erice 2020, pp. 57-85 y 273-287.

⁵⁹ Hobsbawm 2005.

concepciones obstaculizan especialmente un abordaje crítico.⁶⁰ Hay, además, distintas modulaciones en la radicalidad de las posiciones posmodernas, sobre todo aquellas que afectan a supuestos más difícilmente asumibles por el “sentido común” anteriormente establecido (¿existe o no la *realidad*?, ¿hay algo fuera del texto?, ¿todas las visiones del pasado son igualmente válidas?, ¿no hay diferencia alguna significativa entre Historia y ficción?...).⁶¹ Por ello, no es infrecuente que los posmodernos adopten una actitud consistente en sentar afirmaciones de este tipo y luego, ante las críticas, lamentarse de haber sido mal entendidos y retornar tácticamente “a la interpretación inocua”.⁶²

Los puntos fundamentales del posmodernismo que se contraponen a una concepción científica de la Historia afectan a la práctica del historiador en todos sus niveles (acopio y crítica de fuentes, elaboración y representación escrita). El posmodernismo, aunque incorpore algunos elementos críticos dignos de consideración, constituye, en primer lugar, un ataque corrosivo a los fundamentos mismos del saber científico en general y el de la Historia en particular; en segundo lugar, cuestiona y bloquea los mecanismos fundamentales de construcción de la explicación histórica; en tercer lugar, disuelve la idea misma de la utilidad social de la disciplina.

La visión escéptica con respecto al conocimiento racional en general es uno de los rasgos cardinales del pensamiento posmoderno. Este escepticismo, en otro sentido, encaja bien en una teoría de la ciencia que, desde Kuhn o Feyerabend al “Programa Fuerte”, rebosa relativismo, *constructivismo radical* y sociologismo.⁶³ Si el conocimiento científico en general no posee un rango superior a cualquier otro, ¿Qué decir de la Historia en particular? Jenkins lo tiene bien claro: la Historia es ideología, la que hacen los profesionales es una modalidad mas de acceso al pasado, y cabe pensar, en términos positivos de *empoderamiento*, que cada grupo pueda “escribir sus propias historias”.⁶⁴

Los posmodernos niegan no ya la concepción estricta del progreso, sino cualquier idea de sentido o dirección del proceso histórico, sin el cual -aunque

⁶⁰ Erice 2020, pp. 67-71. Críticas a esta oscuridad expresiva y al manejo de las teorías científicas por los posmodernos, en Sokal 2016. En opinión de Mandosio 205, pp. 20-21, o de Merquior 1988, p. 98, la opacidad expresiva de los posmodernos o su ambigüedad no se debe tanto a la complejidad de sus ideas como al cultivo de un cierto espíritu de secta intelectual, dentro de “la conocida estrategia de posicionamiento por diferenciación en el mercado de las ideas”.

⁶¹ Utilizando ejemplos accesibles de historiadores, las posiciones de González de Oleaga (2019) son más moderadas y eclécticas que las de Jenkins (2018) o los defensores de la Historia postsocial.

⁶² Sokal y Bricmont 1899, pp. 205 y 208.

⁶³ Echevarría 1999. Erice 2020, pp. 161-165.

⁶⁴ Jenkins 2018, pp. 83-84.

se trate no de un “proyecto final”, sino de “la articulación posible de las experiencias compartidas por un grupo humano”- no parece posible “hacer comprensible el pasado humano”. En el esquema posmoderno, “el sentido ha perdido todo carácter objetivo y se ha vuelto apenas un efecto retórico de la presentación narrativa del pasado”. Como ya planteara Barthes y luego desarrolla de manera más extensa Hayden White en su obra *Metahistory*, en cuanto narrativas, no existe diferencia esencial entre la histórica y la ficcional. No es extraño que Jenkins se pregunte si necesitamos realmente una conciencia histórica, inclinándose por pensar que la Historia como disciplina tiene fecha de caducidad tal vez no lejana.⁶⁵

Si, como escribió Nietzsche, “el mundo como tal es solamente una fábula” y “no tiene existencia fuera del relato”, cualquier intento de comprenderlo resulta vano. Y, sobre todo, de orientarnos prácticamente con su conocimiento. No hay conexión posible entre pasado, presente y futuro, salvo visiones de progreso (radicales o suavizadas) que son siempre teleológicas. En realidad, el mundo no es una unidad, sino un puñado de fragmentos. Por ello Lyotard declara la “guerra a la totalidad” y Vattimo considera extinta cualquier racionalidad “central”, sustituida por “racionalidades locales” regidas por la lógica de la diferencia. Derrida niega, asimismo, cualquier centro o totalización. Foucault diagnostica “el agrietamiento general de los suelos”, con efectos inhibitorios hacia “las teorías totalitarias globales”. Deleuze aboga por un pensamiento “rizomático”, que rompa con principios causales, genéticos y estructurales, buscando, en todo caso, otras “conexiones significantes”.⁶⁶ Con estas premisas, que cuestionan la posibilidad de un conocimiento histórico racional, el posmodernismo socava los fundamentos mismos de la cientificidad de la Historia, desde el valor mismo de las fuentes o documentos y de su crítica, hasta los principios de interconexión y continuidad o la misma causalidad.

Puede ser cierto que el posmodernismo no niega la existencia de la realidad material, pero sí la posibilidad de acceder a ella y su influencia (como determinación o como límite) en los procesos históricos. Barthes denunciaba la ilusión objetivista de creer que la Historia nos permite acceder al “campo de la realidad”, cuando el hecho histórico no tiene más existencia que la lingüística, y el discurso sólo crea “efecto de realidad”. Según la Historia postsocial, los fenómenos sociales (la pobreza, la lengua, la clase) pueden existir previa-

⁶⁵ Belvedresi 2005. Erice 2020, pp. 98 y 122-128. Jenkins 2006, pp. 11-64. Jenkins 2018, pp. 99-102.

⁶⁶ González de Oleaga 2019, pp. 202-203. Jenkins 2006, p. 124. Erice 2020, pp. 89-91, 103, 109-110, 184-185 y 192.

mente, pero no así “los objetos a que dan lugar”, que únicamente determinan conductas cuando han sido dotados de significados dentro de un determinado régimen discursivo. Hay que abandonar cualquier idea de *referencialidad* de las fuentes histórica en relación con una realidad externa de la que den cuenta. Como dice Jenkins, las fuentes “son mudas”; son los historiadores quienes articulan “lo que las fuentes dicen”, y la evidencia “es siempre producto del discurso del historiador”. El textualismo radical de Derrida establece la primacía del significante sobre el significado; sólo existen los textos, pero sin entidad autónoma y susceptibles de múltiples interpretaciones.⁶⁷

Al decir de los historiadores postsociales, no existen referentes sociales independientes del lenguaje, pues la sociedad es una mera realidad discursiva; como apunta Baker, “la sociedad es una invención, no un descubrimiento”. Lo político no es una representación de lo social, como señalan Patrick Joyce o Gareth Stedman Jones; desvalorización de la existencia autónoma de los factores sociales o su traslación a la política que está también en el centro del planteamiento politológico de Laclau o Mouffe.⁶⁸ La desconexión de ambas dimensiones dificulta obviamente la reconstrucción histórica sobre la base de la interrelación de procesos y trayectorias, sea cual sea el modelo o la teoría que se aplique; el elemento articulador es, en definitiva, puramente discursivo. La eliminación de la causalidad y la continuidad histórica, cuya expresión más elocuente son la Arqueología y la Genealogía de Foucault, cierra el círculo de una Historia destotalizadora, desprovista de cualesquiera ejes evolutivos o dirección estimable (con el fin de evitar las teleologías de progreso) y construida con fragmentos que se sostienen a sí mismos. Foucault opone a la “historia global”, que rechaza, una Historia “general”; la primera analiza el conjunto y las interrelaciones; la segunda despliega “el espacio de una dispersión”.⁶⁹

Si la Historia no nos ofrece saberes contrastados, la función que le era tradicionalmente atribuida de contribuir a nuestra comprensión del presente y nuestros proyectos de futuro queda, obviamente, desactivada. Todo lo más, la Historia serviría para acabar con nuestras ingenuas creencias en la verdad y la objetividad, haciéndonos conscientes de la pluralidad irreductible del mundo y del carácter ilusorio de querer actuar racionalmente sobre él.⁷⁰ Los “grandes

⁶⁷ Erice 2020, pp. 98, 107-108 y 361-363. Jenkins 2018, pp. 50 y 65.

⁶⁸ Erice 2020, pp. 210-242, 363-364 y otras.

⁶⁹ Erice 2020, pp. 167.-205, *passim*.

⁷⁰ Erice 2020, pp. 517-521.

relatos” emancipatorios desaparecen con la extinta Modernidad, pese a que la supuesta libertad asociada a la “indecibilidad” y la contingencia absoluta nos permiten abrir, según Jenkins, un amplio abanico de oportunidades.⁷¹

El posmodernismo posee sólidas credenciales como descubridor de Mediterráneos, pero ni siquiera puede alardear -si es que lo pretendiera- de haber inventado el lenguaje *emocional* o desvelado la lógica de la *mentira política*. Entre Donald Trump, Richard Nixon o Theodor Roosevelt no parece haber diferencias de fondo en este aspecto, más allá del contexto y los medios tecnológicos de cada época (prensa *amarilla* emergente en el primero o internet en el último). Las teorías no *crean* la realidad, y es evidente que ni Trump, ni Bolsonaro, ni Salvini ni Abascal -ni siquiera Stephen Bannon- tienen a Barthes, Derrida, Foucault, Deleuze, Hayden White o Laclau entre sus lecturas favoritas.

Los *reversionistas* de toda laya -al menos los españoles- tampoco parecen ser adeptos de textos tan indigestos. Pero el clima político y cultural de nuestro tiempo, con la entronización del irracionalismo, la desconfianza de la ciencia y la defensa de un relativismo que niega las diferencias entre lo verdadero y lo falso, constituyen un caldo de cultivo idóneo para que la superchería encuentre lugares confortables donde ubicarse y reproducirse. Los posmodernos pueden negar que su relativismo se extienda de manera omnímoda al mundo moral, o que sus críticas a la razón contribuyan a desarmar cualquier respuesta crítica a las exigencias del presente. Pero sus ideas, en definitiva, más allá de la subjetividad de quienes las defienden, son desmovilizadoras y coherentes con el mundo distópico del capitalismo senil, el de las posverdades y la quiebra de toda expectativa política y moral de organizar la convivencia sobre bases racionales. Y si hay alguna actitud de defensa que los historiadores podamos mantener frente al poder de la sinrazón y la sinrazón del poder, esta pasa por seguir manteniendo posiciones materialistas y críticas que contribuyan a desvelar las imposturas.

Bibliografía

- Ahmad, A., (2000), *In Theory. Classes, Nations, Literatures*, Editorial Verso, Londres, reimpr.
- Arendt, H., (1996), “Verdad y política”, en *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Editorial Península, Barcelona, pp. 239-278.

⁷¹ Jenkins 2006, pp. 11-64.

- Aróstegui, J., (1995), *La investigación histórica: teoría y método*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Aznar F. M. F., (2015), “El mundo de la posverdad”, *Cuadernos de Estrategia*, nº 173, pp. 20-82. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6518645>
- Bailer-Galanda, B., (2015), “El ‘reversionismo’ en Alemania y Austria”, en C. Forcadell, I. Peiró y M. Yusta (eds.) 2015, pp. 127-154.
- Ballesteros-Aguayo, L., y Bermúdez Vázquez, M. (eds.), (2019), *La posverdad a debate*, Egregius Ediciones, Sevilla.
- Belvedresi, R., (2005), “El sentido de la historia: ¿un viejo tema?”, en M. Cruz y D. Brauer (compils.) 2005, pp. 91-109.
- Bermejo B. J. C., (1994), *Entre Historia y Filosofía*, Editorial Akal, Madrid.
- Bermejo B. J. C., (2003), “Historia antigua: ¿para qué? Vigor y decadencia de la tradición clásica”, *Dialogues d’histoire ancienne*, nº 29-2, pp. 29-56. https://www.pers-ee.fr/doc/dha_0755-7256_2003_num_29_2_1561
- Bermejo B. J. C., (2011), “Mentiras adecuadas: veinte años después del *fin de la historia*”, *Historiografías*, nº 1, pp. 4-22. <http://www.unizar.es/historiografias/numeros-1/ber.pdf>
- Bitterli, U., (1998), *Los “salvajes” y los “civilizados”. El encuentro de Europa y Ultramar*”, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bloch, M., (1999), *Historia e historiadores*, Editorial Akal, Madrid.
- Bloch, M., (2017), *Los reyes taumaturgos*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bueno, G., (1996), *El mito de la cultura*, Editorial Prensa Ibérica, Barcelona.
- Bueno, G., (2005), Sobre la imparcialidad del historiador y otras cuestiones de teoría de la Historia”, *El Catoblepas. Revista crítica del presente*. nº 35, p. 2. <http://nodo-ulo.org/ec/2005/n035p02.htm>
- Bueno, G., Hidalgo, A., e Iglesias, C., (1987), *Symploké. Filosofía (3º de BUP)*, Editorial Júcar, Gijón.
- Bunge, M., (2013). *Pseudociencia e ideología*, Editorial Laetoli, Pamplona.
- Cabrero B. C., y otros (coords.), (2008), *La escarapela tricolor. El republicanismo en la España contemporánea*, Ediciones KRK, Oviedo.
- Cardoso, C. F. S., (1981), *Introducción al trabajo de la investigación histórica*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Carreras, J. J., (2000), *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Marcial Pons Ediciones / Prensas Universitarias de Zaragoza, Madrid.
- Carretero, M., (2007), *Documentos de identidad. La construcción de la memoria histórica en un mundo global*, Editorial Paidós, Barcelona.
- Chesneaux, J., (1981), *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, Editorial Siglo XXI, Madrid, 3ª ed.
- Collon, M., (1999), *El juego de la mentira. Las grandes potencias, Yugoslavia, la OTAN y las próximas guerras*, Editorial Hiru, Hondarribia.
- Cruz, M., y Brauer, D. (compils.), (2005), *La comprensión del pasado. Escritos sobre filosofía de la historia*, Editorial Herder, Barcelona.

- Davis, N. Z., (2006), *Pasión por la historia. Entrevistas con Denis Crouzet*, Publicacions de la Universitat de València / Ediciones Universidad de Granada, Valencia.
- Davis, N. Z., (2013), *El regreso de Martín Guerre*, Editorial Akal, Madrid.
- Domínguez, S. D., (2009), “Pseudociencia y Arqueología en España”, *Arqueoweb. Revista sobre Arqueología en Internet*, nº 12, pp. 1-37. <http://webs.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/12/dominguezsolera.pdf>
- Eagleton, T., (1998), *Las ilusiones del posmodernismo*, Editorial Paidós, Buenos Aires
- Echevarría, J., (1999), *Introducción a la metodología de la ciencia. La filosofía de la ciencia en el siglo XX*, Editorial Cátedra, Madrid.
- Erice, F., (2008a), “De 1873 a 1931-1936. La imagen de la República en las memorias y testimonios de los antirrepublicanos”, en C. Cabrero Blanco y otros (coords.) 2008, pp. 115-150.
- Erice, F., (2008b), “Memoria histórica y deber de memoria: las dimensiones mundanas de un debate académico”, *Entelequia. Revista interdisciplinar*, nº 7, pp. 77-96. <https://revistaentelequia.wordpress.com/2008/09/04/memoria-historica-y-deber-de-memoria-las-dimensiones-mundanas-de-un-debate-academico/>
- Erice, F., (2009), *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*, Editorial Eikasía, Oviedo.
- Erice, F., (2011), “En torno a la crisis del antifascismo: Entre la historia, la memoria y la razón política”, *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*, nº 11, pp. 89-107.
- Erice, F., (2014), “Las memorias nacionales: conflictos y límites”, *Historiografías*, nº 8, pp. 10-27.
- Erice, F., (2020), *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, Editorial Siglo XXI de España, Madrid.
- Espinosa, F., (2006), *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Evans, R. J., (2018), *Contrafactuales. ¿Y si todo hubiera sido diferente?* Editorial Turner, Madrid.
- Ferguson, N. (dir.), (1998), *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*, Editorial Taurus, Madrid.
- Ferguson, N., (1998), “Introducción. Historia virtual: hacia una teoría caótica del pasado”, en N. Ferguson (dir.) 1998, pp. 11-86.
- Ferrer B. J. A., (1982), *El Contubernio Judeo-Masónico-Comunista*, Ediciones Istmo, Madrid.
- Ferro, M., (2007), *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*, Fondo de Cultura Económica, México, 2ª ed.
- Finkelstein, N., (2003), *Imagen y realidad del conflicto palestino-israelí*, Editorial Akal, Madrid.
- Florescano, E., (2012), *La función social de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Foner, P. S., (1975), *La guerra hispano-cubana-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*, Editorial Akal, Madrid, 2 t.
- Fontana, J., (1994), *Europa ante el espejo*, Editorial Crítica, Barcelona.

- Fontana, J. (2011), *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Editorial Pasado & Presente, Barcelona.
- Forcadell, C., Peiró, I., y Yusta, M. (eds.), (2015), *El pasado en construcción. Revisiónismos históricos en la historiografía contemporánea*, Institución Fernando El Católico, Zaragoza.
- Forcadell, C., Peiró, I., y Yusta, M., (2015), “Epifanías y retornos: Revisiónismos históricos en el presente de la historiografía contemporánea”, en C. Forcadell, I. Peiró y M. Yusta (eds.) 2015, pp. 11-26.
- García C. R., (1998), *La Leyenda Negra. Historia y Opinión*, Editorial Alianza, Madrid.
- González de Oleaga, M., (2019), *Itinerarios. Historiografía y posmodernidad*, Editorial Posmetrópolis, Madrid.
- González de Requena Farré, J. A., (2019), “La conceptualización de la mentira en tiempos de la posverdad”, *Universitas Philosophica*, nº 72, pp. 97-123.
- Guha, R., (2003), *La Historia en el término de la Historia universal*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Halliday, F., (2005), *El Islam y el mito del enfrentamiento*, Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- Hobsbawm, E., (1998), *Sobre la historia*, Editorial Crítica, Barcelona.
- , (2003), *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Editorial Crítica, Barcelona.
- , (2005), “El desafío de la razón. Manifiesto para la renovación de la historia”, *Polis. Revista Latinoamericana*, nº 11, pp. 1-6.
- Hunt, L., (2019), *Historia. ¿Por qué importa?*, Editorial Alianza, Madrid.
- Jenkins, K., (2006), *¿Por qué la historia?*, Fondo de Cultura Económica, México.
- , (2018), *Repensar la historia*, Siglo XXI de España Editores, Madrid.
- Lamo de Espinosa, E., (2019), “A propósito de la posverdad: Marx, Nietzsche y la deriva idealista de la izquierda política”, *Revista de Libros*, 2ª época, https://www.revistadelibros.com/articulo_imprimible.php?art=5484&t=articulos
- Le Bon, G., (1895), *Psychologie des foules*, Félix Alcan Éditeur, París.
- Losurdo, D., (2002), *Il revisionismo storico. Problema e miti*, Editori Laterza, Roma-Bari.
- Mandosio, J.M., (2015), *Foucault: la longevidad de una impostura*, Editorial Salmón, Madrid.
- Martínez de la Escalera, A. M., (2005), “Mentir en la vida política”, *Isegoría*, nº 32, pp. 227-234. <http://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/446>
- Martínez Lacy, R., (2004), *Historiadores e historiografía de la Antigüedad clásica. Dos aproximaciones*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Marx, K., (1981), *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Siglo XXI de España Ediciones, Madrid, 8 vols., 2ª ed.
- Marx, K., y Engels, F., (1974), *Obras escogidas*, Editorial Fundamentos, Barcelona.
- Mashala, N., (2005), *Políticas de la negación. Israel y los refugiados palestinos*, Editorial Bellaterra, Barcelona.
- McIntyre, L., (2018), *Posverdad*, Editorial Cátedra, Madrid.

- Méndez M. I. y Pérez C. S., (2019), “Naturaleza de la posverdad. Alcance del fenómeno en el Estado de derecho y claves para un periodismo de calidad”, en L. Ballesteros-Aguayo y M. Bermúdez Vazquez (eds.) 2019, pp. 99-124.
- Merquior, J. G., (1988), *Foucault o el nihilismo de la cátedra*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Meyer, J., (2019), “Historia y ficción, hechos y quimeras”, *Documentos de Trabajo del CIDE*, nº 63, pp. 1-40. <http://www.libreriacide.com/libros/pdf/DTH-63.pdf>
- Moradiellos, E., (2004), *La persistencia del presente*. Escritos sobre la historia, Universidad de Extremadura, Cáceres.
- , (2013), *El oficio de historiador. Estudiar, enseñar, investigar*, Editorial Akal, Madrid.
- Muñiz V. J. A., y Lozano D. J., (2019): “La falsa primera vuelta al mundo. El caso de la supuesta circunnavegación china de 1421 desde el paradigma de la posverdad”, *Revista Latina de Comunicación Social*, 74, pp. 950-968. <http://www.revistalatinacs.org/074paper/1366/49es.html>
- Otero S. J., (2019), “Serbia como enemigo de Occidente. Posverdad y estereotipos en la industria cultural”, en L. Ballesteros-Aguayo y M. Bermúdez Vazquez (eds.) 2019, pp. 27-60.
- Pappé, I., (2008), *La limpieza étnica de Palestina*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Poggio, P. P., (2006), *Nazismo y revisionismos histórico*, Editorial Akal, Madrid.
- Prost, A., (1996), *Doce lecciones sobre la historia*, Ediciones Cátedra, Madrid.
- Reig, A., (2006), *Anti Moa. La subversión neofranquista de la Historia de España*, Ediciones B, Barcelona.
- Ricoeur, P., (2003), *La memoria, la historia, el olvido*, Editorial Trotta, Madrid.
- Robin, R., (2003), *La mémoire saturée*, Éditions Stock, París.
- Robledo, R., (2015), “El giro ideológico en la historia contemporánea española: ‘Tanto o más culpables fueron las izquierdas’”, en C. Forcadell, I. Peiró y M. Yusta (eds.) 2015, pp.303-338.
- Roca B. M. E., (2019), *Imperiofobia y Leyenda Negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*, Editorial Siruela, Madrid.
- Rodríguez J. J. L., (2000), “El debate en torno a David Irving y el negacionismo del Holocausto”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 22, pp. 375-385.
- Rosenstone, R. A., (1995), *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de historia*, Editorial Ariel, Barcelona.
- Said, E. W., (1990), *Orientalismo*, Editorial Libertarias / Prodhufi, Madrid.
- Sokal, A., (2016), *Más allá de las imposturas intelectuales. Ciencia, filosofía y cultura*, Editorial Paidós, Barcelona.
- Sokal, A., y Bricmont, J., (1999), *Imposturas intelectuales*, Editorial Paidós, Barcelona.
- Straehle, E., (2019), “Historia y leyenda de la Leyenda Negra: Reflexiones sobre Imperiofobia de María Elvira Roca Barea”, *Nuestra Historia*, nº 8, pp. 113-137. https://revistanuestrahistoria.files.wordpress.com/2020/02/nh8_pp113-137_straehle.pdf

- Tabet, X., (2015), “Resistencia y revisionismo en Italia: las ‘revelaciones’ de Giampaolo Pansa”, en C. Forcadell, I. Peiró y M. Yusta (eds.) 2015, pp. 207-230.
- Topolsky, J., (1982), *Metodología de la Historia*, Ediciones Cátedra, Madrid.
- Townson, N. (dir.), (2004), *Historia virtual de España (1870-2004): ¿Qué hubiera pasado si...?*, Editorial Taurus, Madrid,
- Townson, N., (2004); “Introducción”, en N. Townson (dir.) 2004, pp. 15-35.
- Tucker, A., (2015), “Revisión historiográfica y revisionismo. Divergencias en la consideración de la evidencia”, en C. Forcadell, I. Peiró y M. Yusta (eds.) 2015, pp. 29-46.
- Vergnon, G., (2015), “Revisar la historia de un objeto inexistente: el debate sobre el antifascismo en la década de 1990 en Francia”, en C. Forcadell, I. Peiró y M. Yusta (eds.) 2015, pp. 181-192.
- Villacañas, J. L. (2019), *Imperiofilia y el populismo nacional-católico. Otra historia del imperio español*, Editorial Lengua de Trapo, Madrid, 5ª ed.
- Vinyes, R. (dir.), (2018), *Diccionario de la memoria colectiva*, Editorial Gedisa, Barcelona.
- Weber, M., (2015), *El político y el científico*, Editorial Alianza, Madrid.